

honor de mi nombre. Pero si la mato yo, no podré volver á Roma. Por fastidiarme y molermé á mí, se pondrán todos en favor de la muerta. Ya me parece oír las hablillas de los círculos. Ya leo el chismorrotear de los periódicos. Un discurso de Thraseas hiere mi oído. Un verso de Lucano siniestramente fosforea en mis ojos. ¿Cómo salir? Si la mato, puedo perder el trono; si no la mato, el trono y la vida. Pues voy á matarla; pero antes quiero autorizarme de ilustres pareceres.

— Ilústrate.

— Aguárdame cerca, y que vengan el primer ministro Séneca y el prefecto de nuestro pretorio.

Apenas había dado esta orden, cuando se presentaron Séneca y el prefecto, los dos abismadísimos en luctuosos pensamientos.

— ¿Sabéis lo sucedido?

— Ya lo sabemos — dijeron á una.

— ¿Qué me aconsejáis?

— Nerón, Séneca no puede aconsejarte la muerte de Agripina.

— ¿Cómo no? Deja de ser hipócrita y habla con franqueza, filósofo. Quien más ha labrado en mi alma contra la madre que me dió Naturaleza, fué, ¡oh Séneca!, tu consejo constante y tu palabra, que ha goteado en mi corazón odio, grande odio, implacable odio contra ella.

— Conozco la imposibilidad completa de que lleguéis á entenderos, y por tanto cómo la rigurosa consecuencia de un estado así deberá indefectiblemente hallarse por necesidad en un castigo á la emperatriz y en una separación inevitable de tu lado. Pero no todo ha de fiarse á la muerte. Aún te será dado castigarla sin contraer la responsabilidad terrible de su muerte. Cualquiera isla desierta, de las muchas que tienes en los mares itálicos, te servirá de prisión para la infeliz Agripina y te dará medios de castigarla sin los riesgos que correrías con su muerte.

— No me hables así, porque imposible puedas sentir aquello mismo que dices. Agripina es tan grande que no quepo yo solo en el imperio mientras ella esté viva en el mundo. Hay que matarla sin remisión y sin piedad.

— Yo, Nerón, jamás desconocí el derecho que tienes tú, como todos los césares, á matar, por mera razón de Estado, á quien te

plazca, y aun he dicho en alguna de mis obras que tu oficio ennoblece á quien toca, siquier lo injurie, hiera y acabe. Pero has de considerar lo que Agripina fuera en mi existencia, para comprender cómo me resisto á participar de la sentencia que quieres fulminar sobre tu frente, ni con mi consejo.

— Pues tú sabes lo que Popea en mi vida es, y cómo el amor que ha logrado inspirarme, impone á mi voluntad el holocausto que ahora le ofrezco, la muerte de mi madre, y la muerte violenta, y la muerte inmediata. No puedo contaros los reproches que á cada instante me dice y los cargos con que abrumba la hermosa mis espaldas. A todas horas me pregunta si no corresponde la sangre suya patricia con la sangre mía cesárea; si le falta dignidad en su ascendencia ó hermosura en su cuerpo; si no la creo capaz de embellecerme con su amor la vida y de asegurarme sucesión al trono con su fecundidad; y tras esto me pide que la devuelva pronto á su antiguo marido, en cuyo requerimiento y busca recorrerá tierra y mar, ya que Agripina la vigila y cela para matarla, porque me advierte mi amada los odios del pueblo y los votos del Senado contra una mujer que no sólo comete la usurpación de mi derecho sentándose, como solo y único poder, en el trono, sino que quiere usurparle por medio de un incesto á ella mi corazón, metiéndose cual una manceba vil en el lecho de su hijo horrorizado.

— ¡Nerón! — dijeron á una en grito de horror el prefecto y Séneca, oyendo la espantosa imputación á la infame Agripina por la infame Popea, que acababa de repetir y de recalcar el infame Nerón.

— Pues qué, ¿habría yo de matarla sin motivo? No hay más remedio, y necesito conste, y que quien se oponga, ó con algún falso consejo, ó con alguna obra de mala ley, á mi designio, lo consideraré de lesa majestad reo y le impondré con rigor el castigo correspondiente á su crimen.

El prefecto y Séneca temblaron ante tal amenaza, y desistieron, viendo la cesárea resolución, aun de las ligeras observaciones que habían opuesto á sus horribles propósitos.

— Puesto que crees por los dioses inspirada y sugerida esta resolución de castigar á tu madre — dijo Séneca, — sírvete del instrumento más cortante y más digno de tu familia que cerca tienes,

la guardia pretoriana. Envía con su jefe del pretorio á varios soldados para que cumplan tu formidable y justa sentencia.

— No pienses en tal cosa, no pienses, Nerón. Los pretorianos jamás podrán prestarse á ser ejecutores de una sentencia como esa y verdugos de la hija del gran general Germánico, á quien prestaron siempre religioso culto, como si fuera un dios de la guerra, servido, cual por una esclava, por la victoria. La imagen de Agripina, tu abuela, madre de tu madre, no se borrará nunca de la memoria del ejército, porque á las virtudes propias de su sexo reunía virtudes militares de primer orden. Aún parece que la veo, armada de todas las armas y á caballo, como una Minerva, reflejando en su casco de oro el sol de las batallas. Mientras vivió Germánico, fué con él un verdadero cogeneral Agripina. Muerto, llevó envuelta en los lutos de la viudez, especie de luctosa estatua, las cenizas del glorioso difunto en vaso murrino desde los campamentos germánicos, donde fundó Colonia en la orillas del Rhin, hasta Roma, donde contra los infames que la hicieron viuda empleó en el Foro un valor tan extraordinario como aquel que usara en el campo y al frente de sus ejércitos. Mártir luego de su grandeza, murió en la isla Panditaria de hambre, por mandato de Tiberio. Si Agripina no ha heredado las virtudes múltiples de su madre, ha heredado el valor, la inteligencia, el genio, el don de gobierno, el don de mando. Así los pretorianos le guardarán religioso culto aun después de muerta. Tendrás cuantas razones quieras, Nerón, para dictar la sentencia que dices contra tu madre; pero busca el verdugo en otra parte.

Cuando llegaba el diálogo á este punto, anunciaron á Nerón la llegada de Angerino, diputado por su madre, á darle cuenta de como podía estar tranquilo por ella, pues habíase preservado del naufragio. Un violento ataque de nervios agitaba con agitación terrible al cuitado emperador. No sabía qué hacer ante una embajada como aquella. Sus manos se crispaban, erizábansele los cabellos. Temores de que fuera el embajador un asesino, también le poseían. Pero no recelaba tanto de esto como de la mordedura de su propia conciencia y de la turbación de su propia persona, viéndose como un reo ante aquel testigo de su madre. Así, no quiso dejar de recibirle, y no queriendo tampoco escucharle, ideó le

más terrible que podía idear: ideó que lo mataran los esbirros del palacio á sus imperiales piés. Decidido esto con la prontitud que ponía en todos sus crímenes el perverso, siguióse una escena rápida como el pensamiento y triste como la muerte. Así que Angerino apareció por la puerta del aposento, tiró Nerón del arma que al cinto llevaba siempre, y arrojándola con acierto á los piés del emisario, gritó: «¡Socorro!» y en cuanto se presentaron sus guardias, señaló con un gesto el recién venido á la muerte, y allí lo mató un grupo de soldados en un minuto, sin dejarle al infeliz el menor cuitado y tendiéndolo sobre aquel regio pavimento como pudieran tender en el circo á una fiera. Por su parte Aniceto, el desdichado autor de la maniobra naval, presidió aquel asalto de la cobardía de muchos sobre uno solo, y cumplió aquella sentencia en que prescindía de todas las leyes divinas y humanas quien tuviera, según creían los romanos, poder del Cielo y del Estado para defenderlas y para personificarlas. En cuanto se acabó esto, palpitando aún el cadáver y estremeciéndose, repercutido en el aire un postrer estertor y disuelto un postrimer hálito, humeante la sangre sólida de un cuerpo joven, que de ella estaba repleto y henchido, Nerón se volvió, como la feroz alimaña sobreexcitada por la carnicería que tendieran sus garras y dientes en torno suyo, diciendo:

— Corre, Aniceto, con esos hombres, que acaban de salvarme, pues Angerino venía del palacio de mi madre á matarme, y concluye con la fiera, bajo cuya sombra no son posibles á Nerón el trono y el amor. Sírveme, y los futuros anales dirán qué liberto fiel ha salvado de su mayor enemigo al romano imperio.

Mientras Aniceto se dirigía camino de Baules, desde Bayas, con sus sicarios silenciosos, que llevaban ya la espada desnuda, como apercebidos así al crimen, Agripina, después de haberse por completo curado y puéstose al cuerpo cuantos menjurjes pudieran suavizarlo, y bebido los antidotos con que creía conjurar todo envenenamiento, como si quisiera y pudiera vivir mucho, trató, no de conciliar el sueño, de divertir sus tristes interiores presagios hacia la esperanza, reuniendo cuantos servidores y confidentes pudiera y hablándoles en largos múltiples coloquios con el fin de á sí misma engañarse y tener un asidero para la inextinguible ilusión, como

si temiera quedarse sola con sus fundadas cavilaciones y sus certísimos presentimientos. El hado fatal, perseguidor de su familia, la perseguía en estos instantes supremos. No habían subido los Julios al trono, sino dejándose muchos mártires en las gradas, acaso víctimas de la heredada grandeza. Cuando recordaba que ni los vicios ni las virtudes preservaban á sus afines de muertes violentas, un escalofrío terrible le subía desde las uñas del pie hasta los pelos de la cabeza. Julia, su abuela, hija de Augusto, esposa de Agripa, gloria y delicia de Roma, sacrificada en terrible y lenta próscripción, que se cohonestaba con los escándalos de sus placeres y amores; mas Agripina, la primer Agripina, como se le llamaba entre los romanos, ésta madre de la segunda, ni por casta, ni por caritativa, ni por buena, ni por sabia, se había salvado, y modelo de hijas, modelo de mujeres, modelo de madres había muerto en la isla Panditaria de hambre como una miserable, sin que la preservasen de Tiberio, ni la virtud propia, ni la majestad heredada, ni la gloria indecible. Viniendo á todo esto el augurio siniestro de aquel agorero que, á poco de nacer Nerón, leyó en los astros el desastre de su muerte, Agripina se dominaba con imperio bajo todos estos terribles recuerdos, y se ponía, si no risueña, en actitud tranquila y de aspecto sereno, como si nada temiese del hijo infame que había empujado hacia el abismo de la muerte á su madre. Sin embargo, dos observaciones que iba la infeliz haciendo, mal de su grado y contra su propia deliberada intención de dominarse, traíanla en este momento á maltraer y le daban sudores en los cuales traslucíanse sus opresiones: primera, que las voces de aplauso y los gritos lanzados desde la puerta y cercanías de su quinta iban poco á poco disminuyendo, conforme se iban las gentes enterando del misterio que circuía su naufragio y del disfavor que acusaba; segunda, que tardaba mucho el emisario, y al tardar decía bien á las claras cómo por lo menos estaba preso y no le consentían que volviese por no tener el fidelísimo y leal ninguna buena noticia que comunicar á su ama y señora. Con efecto, un esclavo que la familia y servidumbre de la emperatriz apostó en el camino á fin de que adelantase noticias del pobre liberto enviado á su hijo, volvió jadeante por atajos unas veces y otras á campo traviesa, para decirles que por el camino imperial no se

descubría al embajador; pero, en cambio, marchaba seguido de algunos soldados el famoso Aniceto, andando á más andar, con las cabezas descubiertas y las espadas desnudas. No se atrevieron ni los aclamadores de las puertas, ni los siervos y familiares en el cubículo de Agripina reunidos, á noticiarle cuanto pasaba, por miedo de contraer alguna tremenda responsabilidad; pero poco á poco los inciertos asomos dejados á la esperanza por aquella triste realidad ambiente, se fueron desplomando; y al desplome las voces de aclamación se apagaban; y los contertulios, hasta entonces reunidos alrededor de la emperatriz, se iban. Frotábase los ojos para ver si algo atisbaba; pero en vano: la soledad se iba extendiendo como un desierto que avanzara con precaución á tragársela, y apenas se oía voz ninguna, ni se columbraba ninguna persona, conforme se acercaba el verdugo Aniceto, y con el verdugo Aniceto las nefastas sombras de una muerte próxima con aleteo siniestro sobre la frente de Agripina. Sin embargo, el valor y el coraje centuplicábanse de suyo en aquella mujer, mientras más cobardes y más tímidos aparecían cuantos la rodeaban. Mas el instinto de conservación se sobrepone á todos los instintos, y al pensar los familiares de Agripina que los dos compañeros de navegación suyos habían muerto y que su embajador no había tornado, huían á la descuidada y á hurtadillas, no en tropel y con ruido, hurtando el cuerpo á cualquier espada que pudiese atravesar á los siervos antes de acercarse á la señora. Tenía ésta una de las más fieles entre sus esclavas asida de la mano; pero, en un descuido, marchóse también y la dejó enteramente sola. Uno de los resultados peores traídos consigo por el terror está en los envilecimientos que impone y en el miedo que siembra. Viéndose todos náufragos, como en los naufragios cada cual únicamente se cura de sí mismo, en el terror gritan todos: «¡Sálvese quien pueda!» Y á este grito, la soledad terrible de Agripina. Parecía que la naturaleza callaba para oír todo cuanto en aquella escena trágica debía decirse. Una débil y triste lamparilla iluminaba la estancia, donde sólo se veía el imperial tálamo, en que Agripina se tendiera desde su cura y sus untos, no echada del todo, sino á medio incorporar, el brazo sobre los almohadones de cabecera, la frente sobre la mano, los ojos muy abiertos y la respiración del pecho entrecortada por algún suspiro; mas valerosa y fortísima.

—Enteramente sola— iba diciendo para sí Agripina. — Este silencio es el peor de los augurios; esta soledad se parece á la tristísima en que los cadáveres caen, cuando los ha consumido la pira ó los ha envuelto la tierra. Llamo, y nadie me responde. Escucho por si resuenan los pasos de mi emisario, y nada oigo. ¿Será posible? Yo te engendré, y tú me matas. Yo te infundí la sangre que te alimenta como una buena madre, y tú me arrancas la mía para bebértela como un ave carnífera y nocturna. Yo te procuré un trono, y tú me despides del mundo. ¿Por qué no te oí, astrólogo inspirado, al anunciarme lo mismo que ahora me sucede? ¿Cómo no cogí por un pie al nefasto infante y no estrellé su cuerpo contra el pavimento de mi palacio antes de confiarlo á la cuna, oyendo que ya maullaba como un tigre? ¡Oh amor de mi nombre!, ¡oh culto á mis abuelos! Por eternizar la raza de los Julios crié y nutrí el cachorro que debía clavar sus garras en el corazón de la más pródiga entre las madres. Como á los Atridas pásale á los Julios, que no se gallardean allá en las cimas del mundo, sino á costa de inmolarse á muchos de sus príncipes, porque aquí en los tronos se pierde muy pronto el pie y se cae y se precipita uno de muy alto. Las pirámides egipcias no son más que sepulcros, y el trono de Roma nada más que patíbulo. Pero yo te lo procuré, Nerón, y tú me arrastras al suplicio. No, no hagas tal, hijo mío. Las Furias coronadas de serpientes nunca se cansarán de perseguirte, dándote voces en la conciencia y mordeduras en el corazón, como las Euménides á Orestes. ¿Será posible? Hasta las ondas en que me sumergiste parecían lágrimas, y tú no llorabas. Palidecían hasta las estrellas, y por tus ojos no pasó una sombra, ni por tu conciencia un remordimiento. Está visto; se ha cerrado tu corazón. Tal vez una plegaria podrá traerme á estas horas el favor de los dioses y salvarme. Pero ni el cielo quiere nada conmigo, el cielo que se cura con cuidado hasta de los míseros é invisibles insectillos. Hemos querido casi destronarlos y nos vuelven la espalda. Yo hubiera destronado á Júpiter del Olimpo ¡ay! para entronizar á Nerón. ¿Qué mucho, si al quejarme y dolerme á él, me responde: «Nerón te salve?» Los dioses de lo alto no bajarán á consolarme; los dioses del abismo no subirán á recogerme. Después de haber tenido por mía toda la tierra, no tendré ahora en la tierra ni el rincón

de un sepulcro. Hemos tratado hasta de huir á su culto y derogar sus leyes, poniendo en sus altares á nuestras gentes y en lugar de sus códigos eternos los nuestros arbitrarios. Se vengán y hacen bien. Todos los dioses y todos los hombres tienen razón á una para perseguirme y castigarme, todos; menos el hombre á quien yo he querido sobre todos los seres y el dios á quien yo he puesto sobre los altares, menos Nerón. ¡Ah! Ven, muerte, ven pronto. La mujer que ha engendrado un hijo así, no debe ni respirar el aire, ni ver la luz de lo alto. Si naciera en una cabaña, las manos benditas del hijo mío cerraríanme los párpados al caer sobre ellos la pesadumbre del último sueño; pero como he nacido en los palacios, me mata mi propio hijo. ¡Cómo resplandeces, Apolo, en esta noche serena, conduciendo invisiblemente las pléyades que resplandecían por Oriente y se reflejaban, collar ó racimo de astros, en el azul perlado de las aguas! ¡Cómo trascendía el aroma de las vides saturadas de polen y agradecidas al rocío, cual si acabaran de pasar por ellas Baco y las bacantes cantando sus sensuales evohés al placer y embriaguez de la vida! ¡Cómo sus fieles habían hecho de Minerva un simulacro semejante al de Atenas, y las luminarias de sus devotos competían con las estrellas de los cielos! Y ninguna de tantas divinidades me acogió. Y aquellas manos que debían bendecirme, lanzáronme al abismo. Aquellos brazos que debían en andas llevarme, sirvieron para herirme tan sólo. Aquellos labios perfumados por mi pecho, me denostaron y me maldijeron. Aquel cuerpo, que yo había llevado en mis entrañas, no tuvo entrañas para su madre. Y el primero de los hombres hase trocado en el último de los parricidas. Hame traído á esta tierra tan hermosa como si por un refinamiento de crueldad quisiese hacerme sentir toda la felicidad y toda la hermosura y todo el placer y toda la voluptuosidad de vivir al darme la muerte. No hay más dios que la fatalidad, no lo hay. Anantse, tú reinas en el cielo, en la tierra, en todo lugar. ¡Oh barco!, ¿por qué no te abriste? ¡Oh mar!, ¿por qué no me tragaste? Ya no hay esperanza. Mi liberto no vuelve. Siento pasos siniestros. Podrán concluir conmigo; pero no podrán amedrentarme. La muerte mía será el castigo suyo. ¿Quién va?

— Soy Aniceto — dijo el infame liberto, entrando en su estan-

cia, seguido de dos ayudantes, que le acompañaban en la perpetración de aquel crimen á que llamaban los césares justicia.

Sus cabelleras encrespadas, sus brazos nervudos como los de un carnicero, sus fuertes cuellos como de bueyes, sus aviesos ojos, sus carnudas bocas, sus surcadas frentes, la respiración de fragua que se oía en sus pulmones, las espadas que centelleaban en sus manos, decían el oficio suyo y el fin adonde iban. No se arredró Agripina. Ni en el timbre de su voz se le conoció, no ya miedo, ni perturbación siquiera. Una especie de conformidad con el destino que acababa de invocar y una especie de visión que le decía cuán justo era su castigo, la mantuvieron en su firmeza. Fué por la ciencia digna nieta de Augusto, padre de su madre, Julia; por el valor, digna nieta de Agripa, el gran general, padre también de su madre; por la serenidad y entereza, digna hija de Agripina y de Germánico, sus padres; por el vicio y la sensualidad, digna hermana de Calígula; por los crímenes, digna madre de Nerón.

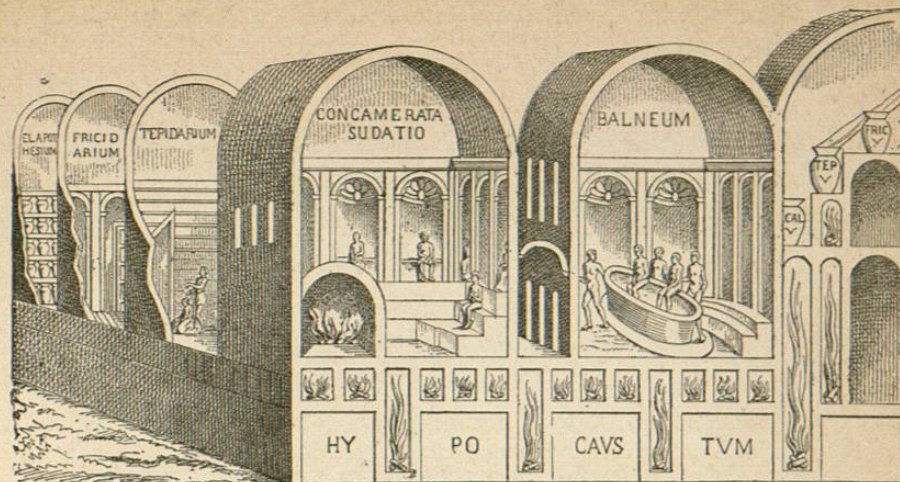
—Vienen á matarme. No podía inventar el averno un castigo mayor para el César que la muerte de su madre. Morirá él en desastre mayor aún que el desastre mío y por el horrible crimen de esta noche.

—Agripina—dijeron á una los tres verdugos: el almirante, como decimos ahora en los idiomas vulgares, Aniceto; el tetrarca, y el centurión de la flota del Miseno, que le acompañaban.

—Si venís á verme y á preguntar por mi salud, que tanto debe interesarle á quien os envía, decidle que me salvé por milagro del naufragio y que me siento bien, del todo repuesta. Si venís á perpetrar un crimen, creeré que lo perpetráis de vuestro grado y por vuestra voluntad, y no por mandato y orden del hijo mío, á quien jamás hubiera podido, jamás, jamás, imaginársele pasar ante los hombres y ante los dioses por un parricida.

Los verdugos callaron, y por toda respuesta el centurión asió á la emperatriz un golpe en la cabeza. Y como tras aquel golpe viese blandir las espadas buscando, tiró las sábanas que la cubrían, rasgó la camisa en que estaba envuelta, y enseñando todo su cuerpo desnudo, exclamó, golpeándose con ambas manos:

—¡Herid aquí, herid el vientre que ha parido ese monstruo!
Y murió acribillada de innumerables heridas.



CAPITULO XV

REMORDIMIENTOS

Abandonada de todo el mundo, herida en el simulado naufragio que acababa de atravesar, puesta en trances horribles para que ó se muriese ó se matase, todavía inspiraba la varonil Agripina terrible miedo al verdugo engendrado por sus entrañas y erigido en omnipotente y sacro emperador por una voluntad y una inteligencia como la excepcional voluntad é inteligencia suyas. Así, no hacía Nerón sino pasearse de un lado á otro, mientras duró el viaje de Aniceto desde su propio palacio á Baules, retorciéndose los brazos de furor, y dando, cual un demente furioso, alaridos terribles, como si de la tierra se levantasen y del aire descendiesen genios malos y perseguidores á herirlo y atormentarlo. Pero no había tal cosa, no se perturbaba la tranquilidad etérea del cielo, ni la celestial tranquilidad del mar; todo sonreía en aquel amanecer, no obstante la enormidad horrible del crimen perpetrado; lo que había era una surrección interior de remordimientos, dibujados en extrañas y aun extravagantes formas, que creía él ver con los ojos del cuerpo fuera de sí, cuando los veía con los ojos del alma dentro de la propia conciencia. Nervioso, exaltado, susceptible; con todo género de supersticiones en el cerebro, con una tempestad perpetua de senti-